

¡Balleneras, fundamentales en la formación naval!

Vicealmirante (R) Luis Alberto Ordóñez Rubio, Ph.D.

Miembro Comité Editorial de la Revista Fuerzas Armadas

DOI: <https://doi.org/10.25062/0120-0631.4833>

El primer contacto con el mar, en la Escuela Naval de Cadetes, ENAP, se da con las balleneras; embarcaciones de madera, de construcción artesanal, formas marineras y que se asemejan a las utilizadas en algunas regiones del mundo cuando la caza de ballenas era permitida. Su uso, en la formación naval, desde luego dista mucho de aquel fin de antaño, pero por sus condiciones de diseño, de comportamiento en el mar, de la manera como maniobran: despacio y manteniendo la inercia, las hacen ideales para forjar el espíritu marino y el amor por la navegación, pero sobre todo el trabajo en equipo, la disciplina, camaradería, obediencia y el desarrollo del liderazgo, entre otras.

El comienzo

Aterrizar en el aeropuerto de Cartagena, cuando el calor y la humedad están en sus niveles más altos, es una sensación impactante. Por ese aeropuerto llegan los aspirantes a cadetes navales provenientes del interior del país y las emociones son diferentes, pues no se trata de las apetecidas vacaciones en la playa sino del inicio del proyecto de vida que los marcará para el resto de sus vidas como marinos de Colombia.

La expectativa de los jóvenes es grande y se convierte en un reto para ellos y sus seres queridos; apartarse de las comodidades del hogar, dejar amistades y novias, así como renunciar a la plácida vida del estudiante universitario para recluirse en un internado, marcado por la disciplina y el aprendizaje basado en asumir responsabilidades tempranas, los hará madurar muy pronto y los preparará para ejercer el mando de divisiones a bordo de los buques y de pelotones en las unidades de Infantería de Marina, donde sus acertadas decisiones marcarán el éxito de las operaciones.

Ese recuerdo de la llegada a Cartagena, donde prontamente son recibidos por los guardiamarinas y alféreces de I. M., quienes guiarán la formación naval militar durante la fase de reclutas, perdurará por siempre. El proceso de ruptura con la vida civil, resignificación y aceptación de la nueva condición de militares, se dará en los primeros tres meses, donde el contacto con el exterior está limitada y el futuro marino interiorizará los hábitos, la cultura naval y sus costumbres, así como un nuevo lenguaje y formas de comportamiento; rápidamente será parte del grupo e iniciará cuatro años de aprendizaje en los tres pilares formativos: el académico

con la carrera de Ciencias Navales; el naval militar basado en la observación del día a día, siguiendo el ejemplo y la repetición de rutinas preestablecidas y, finalmente; la parte deportiva y física. Una capacitación realmente integral.

El entrenamiento

De mi fase de recluta, ya hace muchos años en julio de 1976, recuerdo las duras jornadas a pleno sol. Era realmente asfixiante por las altas temperaturas y la humedad excesiva propia de nuestra costa Caribe. La brisa no corría con fuerza, pues esa es una bendición que aparece principalmente a finales de año, de manera que el orden cerrado y los retos propios de la preparación del recluta, como la vuelta a la Isla de Manzanillo, lugar donde queda la Escuela Naval de Cadetes, era algo realmente exigente. Cada fin de semana, siguiendo al brigadier de escuadra, se iba alargando la sesión de trote en la medida en que la condición física iba mejorando. Un mes más tarde los reclutas éramos capaces de dar la vuelta completa; algo que duraba más de una hora y podría abarcar ocho o nueve kilómetros a pleno sol. Paso obligado de ese recorrido era el “pañol de balleneras”; un nombre que no

significaba mucho en ese momento, pues no se entendía qué era un pañol y menos hablar de balleneras en pleno siglo XX.

El muelle de balleneras

El lugar era un muelle de madera, hoy en día de material sintético, con alto techo de tejas y posiciones de atraque para unas veinte embarcaciones. Luego aprenderíamos que un pañol es una bodega abordo, donde se almacenan elementos marineros; en la ENAP, sin ser un buque, se usa el mismo lenguaje con el fin de que el cadete se habitúe y lo interiorice para su futuro desempeño. El pañol de velas, que hacía parte del mismo complejo, era una caseta de madera muy bonita de construcción artesanal, donde se guardaban aparejos, remos, timones, velas, botavaras, cabos y demás elementos necesarios para arbolarse una ballenera a velas o preparar una a remos; de las veinte, más o menos la mitad eran de un tipo y el resto del otro. Para el usuario, la diferencia radicaba entre la placida vida de ir propulsado por el viento o hacerlo manualmente mediante esfuerzo humano.

La práctica marinera

Las balleneras, con eslora de 8,75 metros y manga de 2,5 metros, son pesadas embarcaciones de madera con capacidad para doce tripulantes las de remos y hasta ocho cuando se configuran para velas. Moverlas, con propulsión humana, es una ardua labor y parte fundamental en la preparación física y marinera del futuro oficial. El

patrón, como se denomina al encargado de comandarla, es un guardiamarina o cadete antiguo debidamente calificado, quien responde por los tripulantes y el bote; lleva el timón y por consiguiente el rumbo a seguir, pero además es quien motiva a los sudorosos remeros y logra la armonía, la secuencia y el máximo rendimiento de su equipo. El mayor reto, para los jóvenes marinos, es la llegada a la Isla de Tierra Bomba y en algunos casos lograr la vuelta a esa porción de tierra que cierra la bahía de Cartagena y la protege del mar abierto; salir por las agitadas aguas de Bocagrande, cruzando la escollera construida hace siglos por los españoles para obligar a galeones, goletas y veleros de todo tipo, a ingresar por Bocachica y así poder repeler a los enemigos, es toda una experiencia y lleva hasta el límite las capacidades de las tripulaciones; allí se aprende de la crisis que genera el mar embravecido, los conflictos entre remeros cuando alguno pierde el ritmo, se cansa o deja de aportarle al grupo, o cuando se siente miedo por la fuerza de la naturaleza y entonces se entiende, para toda la vida, que aunque hermoso, grandioso y con todas sus riquezas: al mar hay que respetarlo y que el capitán, guiado por Dios, tiene que liderar para superar las crisis.

Por su parte las mismas balleneras, pero con configuración a velas, requieren de mayor experticia de su patrón y de conocimientos importantes de la bahía y sus alrededores, los bajos, los canales, así como la comprensión de la brisa y

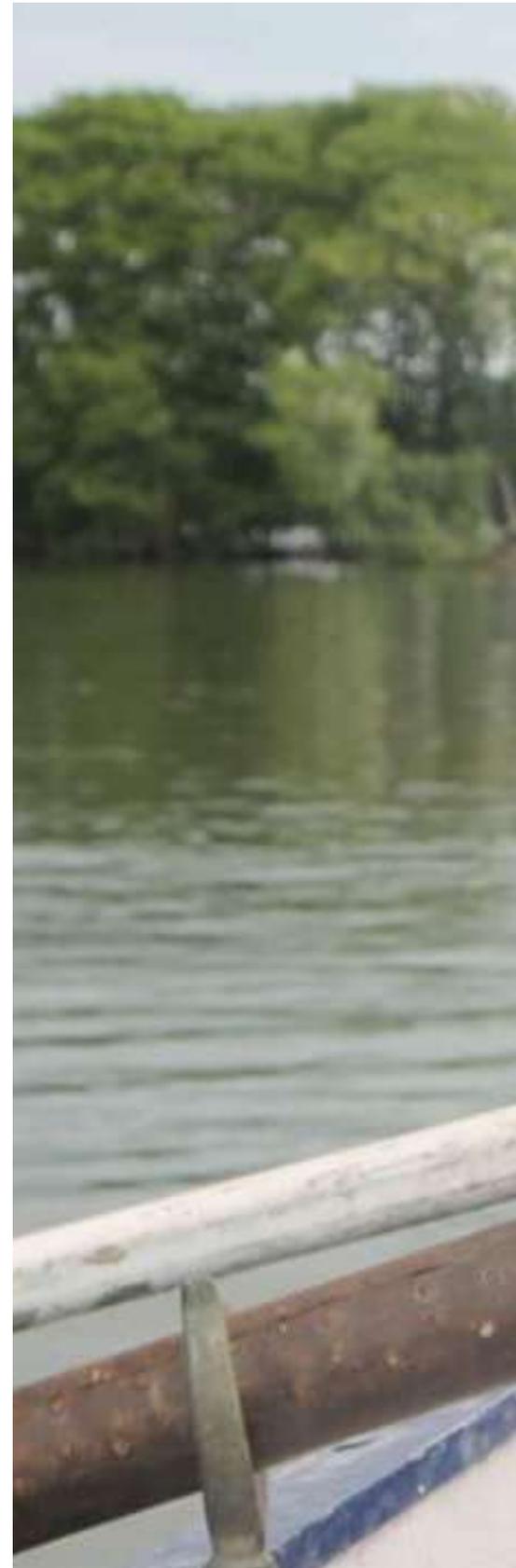




Foto: Archivo Armada Nacional

su aprovechamiento para propulsarla eficientemente. Por su peso, y la inercia que genera, una ballenera se comporta de forma similar a un buque, de manera que los jóvenes marinos empiezan a entender la navegación, el uso adecuado de las velas, la prudencia en las maniobras y sobre todo el cuidado del personal; de todas maneras hay riesgos y el mejor marino es el que los minimiza.

Iniciándose en las faenas marineras

Recuerdo que después de una vuelta a la Isla, aún siendo reclutas, el brigadier de escuadra tenía la sorpresa de embarcarnos en una ballenera a velas. Ese día la brisa sí apareció y después del alistamiento respectivo y una instrucción básica nos hicimos a la mar. La sensación era maravillosa; navegar enamora desde el primer día. El sonido del mar, la brisa refrescando e impulsando la embarcación, la sensación de grandeza y aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza, la confianza en el patrón y su conocimiento en el arte de ajustar las velas, dirigir el timón y buscar aguas profundas mientras cada tripulante, con una misión específica, cumple las órdenes de su capitán, conforman el equipo perfecto; ahí se miden las capacidades de cada uno, pero en especial el liderazgo, basado en el conocimiento, del patrón.

Ese día empezaron las enseñanzas para el resto de la vida: el trabajo en equipo es fundamental para enfrentar los retos en el mar. La flexibilidad

y adaptabilidad: ante la imposibilidad de cambiar el rumbo del viento, se deben ajustar las velas para sacar el máximo provecho; en la vida es igual con lo que no podemos cambiar y entonces debemos adaptarnos y cumplir la misión. Liderazgo: un equipo bien integrado, entrenado y cohesionado, pero sobre todo bien liderado, logra los mejores resultados para alcanzar las metas propuestas.

De las enseñanzas militares a la práctica empresarial

El entrenamiento con veleros, además de navegación, enseña a superar las crisis, minimizar las fricciones, incentiva la camaradería y hace ver el valor de cada persona; en el mar, el trabajo de cada quien es importante y su aporte necesario para todo el grupo. Para sobresalir solo hay una forma: trabajar intensamente en lo que nos toca; pretender desprestigiar, pisotear o intrigar para trepar, hace descuidar la tarea propia y amenaza con hacer naufragar la embarcación; igual sucede en una empresa.

Por todo lo anotado, nuestra Armada Nacional, al igual que todas las del mundo, dedica esfuerzos inmensos para mantener la flota de veleros y darles a los cadetes la oportunidad de formarse no solo como marinos sino como líderes, capaces de enfrentar los retos de la seguridad y la defensa nacional. Es tan productivo el entrenamiento con botes que muchas empresas, dentro de sus procesos de capacitación, han empezado

a utilizarlos, de manera que lo que antes tomaba muchas sesiones en un aula, se logra rápidamente con prácticas marineras. Equipos de trabajadores con sus jefes, a bordo de veleros, son sometidos a presión para que resuelvan las crisis que se generan en una embarcación, como producto de la interacción humana para sortear los fenómenos naturales como la fuerza del viento, el oleaje, los bajos o los canales estrechos y difíciles de navegar; allí se mide a los verdaderos líderes y su forma de dirigir a sus colaboradores.

Las velas, con historia de siglos, seguirá siendo la práctica fundamental para todo marino, así sea que a futuro se desempeñe en el buque más moderno que exista. 🌊